

El temperamento español

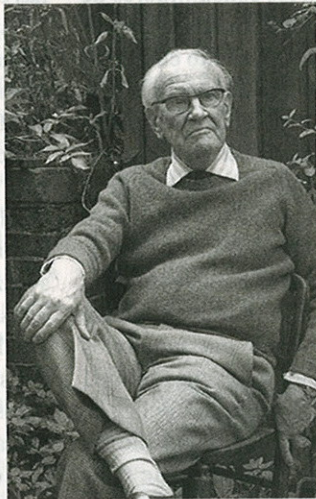
V. S. PRITCHETT

Traducción de Ramón de España. Gatopardo. Madrid, 2015. 236 páginas. 19,95€

Este maravilloso libro de V. S. Pritchett (1900-1997) es fundamentalmente dos cosas, quizás un tanto contradictorias entre sí: un viaje en el tiempo a la España de los primeros años 50 y por otro lado un vivísimo retrato de lo que aún somos. Es bien sabido que en muchas ocasiones es necesario que alguien ajeno a la familia ponga de manifiesto lo mucho que se parece la nariz del tío Felipe a la del primo Miguel. En el caso de nuestra Historia más reciente, sobre todo cuanto se refiere a la guerra civil y la dictadura franquista, han tenido que venir en más de un caso historiadores ingleses, franceses y alemanes para pensar y escribir con la mesura y la neutralidad que nos ha faltado a nosotros. Ya decía Baroja que nunca había que fiarse de un arzobispo español cuando se comporta como un inglés y la mayoría de los historiadores de este país tienen algo de arzobispos. Este libro de Pritchett se aleja de los arzobispos y dialoga directamente con otros clásicos del género españolista de los que es contemporáneo: *El laberinto español*, de Gerald Brenan y *El reñidero español* de Franz Borkenau.

V. S. Pritchett, quien a pesar de su celebridad en Inglaterra durante buena parte del siglo XX apenas había sido publicado en España hasta la fecha, hace despliegue de una fantástica capacidad analítica. Se reproducen aquí las percepciones de dos viajes, uno durante los años 20 (en el que el autor conoció a Machado, Juan Ramón Jiménez y Lorca, entre otros) y otro a comienzos de los 50, en pleno franquismo. Pritchett evita las tram-

pas fáciles en los que suelen caer los principiantes: donde algún historiador extranjero se habría abismado en el tradicional fanatismo católico español él se da cuenta al instante de que el pueblo español es naturalmente escéptico, de que no admitimos un misticismo que no sea al mismo tiempo extraordinariamente carnal y voluptuoso. A pesar de seguir un guión bastante clásico: guerra civil, el antiguo imperio y su decadencia, misticismo,



ARCHIVO

fiesta taurina, la creación del mito de don Juan, flamenco, etc., la lectura se sigue con interés constante, y hasta fascinación. La misma fascinación que demuestra tener el propio Pritchett por el objeto de su narración: el carácter de los españoles. Pero al igual que el escéptico que para explicar su escepticismo se ve obligado a negarlo, Pritchett se ve atrapado en la antimateria de haberse obligado a sí mismo a explicar su fascinación por los españoles, cosa que jamás consigue. Puede que tampoco haya que reprochárselo demasiado, habría sido lo mismo que obligar a un enamorado a explicar por qué su novia es más digna de ser amada que la del vecino. A nadie le importa que así sea, lo que importa es que quien ama pueda transmitírnos al menos una parte de la vibración con la que él siente su pasión.

En ese sentido Pritchett acierta de lleno y está a la altura. En última instancia, para ser más español que los propios españoles, tal vez sólo baste con pegar un puñetazo sobre la mesa y gritarlo a los cuatro vientos. En eso, al menos, no hemos cambiado mucho. **ANDRÉS BARBA**

Adela Escartín

Mito y rito de una actriz

JUAN ANTONIO VIZCAÍNO

Fundamentos. Madrid, 2015. 2 volúmenes

256 y 254 páginas. 40€

Adela Escartín es un nombre soterrado de nuestra escena. Labró su carrera fuera de nuestras fronteras y cuando regresó a España sus tiempos de gloria sobre las tablas quedaron clausurados. La vuelta fue su verdadero exilio. Había aterrizado en 1947 en Nueva York, tras acabar sus estudios en el Conservatorio de Arte Dramático de Madrid. Allí estudió con Erwin Piscator, Stella Adler y Lee Strasberg. Pero fue en Cuba donde lució, durante dos décadas, el poso de ese aprendizaje y su talento visceral. A la isla caribeña exportó el método Stanislavski, que aplicó en la encarnación de alguno de los personajes con los que más se mimetizó: *Yerma* (con quien compartió el conflicto de la esterilidad), *Juana de Arco* (que le permitió reivindicarse como mujer con derechos equiparables a los de cualquier hombre), la Blanche Dubois de *Un tranvía llamado deseo* (a la que le emparentaba una actitud decadente y altanera a un tiempo)...

La alquimia que alcanzó con estos tótems de la feminidad le valió fama y prestigio en la Cuba castrista, a la que siempre estuvo agradecida y a la que nunca puso en cuestión (pese a ser hija de un coronel de la España franquista). El retorno a España la descabalgó de los oropeles. Trabajó, pero casi en el anonimato. También volvió a la institución en la que se formó, ya denominada Real Escuela de Arte Dramático. Allí fue profesora de grandes intérpretes actuales, como Blanca Portillo.

Juan Antonio Vizcaíno, también docente en la RESAD, la rescata del olvido en esta documentadísima biografía (especialmente meritorio es el rastreo de su huella artística en Cuba) editada en dos volúmenes. En ambos recorre todas las etapas vitales y profesionales de Escartín, una actriz que elevó su profesión a una categoría sacrosanta: "El escenario es un altar. En este lugar sagrado el actor o la actriz no deben limitarse a actuar, sino a officiar, como si de una auténtica misa se tratase". **MIGUEL CANO**